

(Gran Bretaña tiene que importar más de la mitad de sus productos alimenticios) de los mercados mundiales que ofrezcan precios más favorables; en la necesidad de obtener la autorización de Bruselas para tomar cualquier medida en el sector industrial (subsídios, nacionalizaciones, etc.), que puede afectar de cerca o de lejos a las normas sobre justa competencia, impuestas a la Comunidad por el Tratado de Roma. Alega, además, que desde que el Reino Unido ingresó al Mercado Común se ha producido una peligrosa fuga de capitales, con más de 500 millones de libras británicas, invertidos en la Comunidad, mientras que, en el mismo período, esta última ha invertido menos de 200 millones en Gran Bretaña. Señalan que la aportación británica al fondo de desarrollo regional ha sido mayor de lo que se ha recibido hasta la fecha para ayudar a Escocia, Gales y el Norte de Inglaterra, las regiones con mayor índice de desempleo en el país. Pero el argumento más fuerte de los «anti», quizá sea el del petróleo.

Gran Bretaña, se calcula, podrá satisfacer su demanda de hidrocarburos para 1980 con el petróleo del mar del Norte y, pocos años más tarde, comenzar a exportar. Su permanencia en la Comunidad significa que no sólo tendrá que compartir ese petróleo con los demás miembros (política común de energía), sino que, además, no podrá establecer un precio de venta más bajo para el consumo nacional, por prohibírselo terminantemente los artículos 85 a 94 del Tratado de Roma, los cuales estipulan claramente que en cuestiones de competencia de precios, la Comisión europea tiene poder de decisión por encima del veto individual de cualquier país miembro.

Los «pro» no disputan ninguno de estos argumentos. Apuntan, no obstante, que el concepto puro de soberanía, tal como lo entienden los «anti», ha dejado de existir hace mucho tiempo por el mero hecho de pertenecer a una serie de organizaciones internacionales, con las obligaciones correspondientes que ello representa, y que la pérdida suplementaria de soberanía que podría significar la permanencia en la Comunidad se encuentra ampliamente compensada por la ventaja de formar parte de un mercado de 250 millones de habitantes, con una voz que se escucha en el mundo entero. Por otra parte, si se tiene en cuenta la gravísima crisis económica por la que atraviesa el país, la única posibilidad de recibir el crédito internacional indispensable para salir del atolladero es poder ofrecer como garantía el respaldo de las boyantes economías europeas. Europa —añaden—, por interés propio, no estaría nunca dispuesta a dejar ir a uno de sus miembros a la bancarrota, y en cuanto a salirse de la Comunidad para ingresar de nuevo en la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio), Gran Bretaña tendría que someterse (como le ha sucedido a Noruega) a gran

número de restricciones en el capítulo de las normas sobre competencia industrial para seguir comerciando con el Mercado Común, sin disfrutar de ninguna de las ventajas que le ofrece la pertenencia al Club de los Nueve. De cara al público, el argumento «pro» más contundente es el de la vertiginosa mejora del nivel de vida experimentada en los últimos años al otro lado del Canal de la Mancha, con prestaciones sociales, seguros de vejez, etcétera, hoy por hoy, muy superiores a los existentes en Gran Bretaña.

El público, el pueblo, tiene, pues, la última palabra el próximo 5 de junio. Si el ingreso se hubiera sometido a referéndum el 1 de enero de 1973, tres cuartas partes del electorado hubieran votado en contra. Hoy, los pronósticos para la semana que viene favorecen a los «pro», no porque el británico en esos dos años y medio se haya vuelto más europeísta, o porque se hayan suavizado sus sentimientos de insularidad, sino, simplemente, porque a mucha gente, que hubiera estado dispuesta en 1973 a pegarse en la calle por mantener intactas sus tradiciones políticas y sociales, le aterra ahora la perspectiva y las consecuencias de tener que desbaratar el enorme aparato de acuerdos, legislación e instituciones a los que ha tenido que someterse el país desde su ingreso en la Comunidad.

Pese a los argumentos de los «anti» en el sentido de que salirse no es problema, el británico intuye que va a ser muy difícil volver a la situación existente antes de 1973; sabe que la Commonwealth, su mercado tradicional, ha recomendado unánimemente que Gran Bretaña permanezca en la Comunidad Europea; teme a lo desconocido por venir y, con casi un 25 por 100 de inflación anual, ese temor no deja de tener cierta justificación.

Es cierto que el Mercado Común, como lo señalan las izquierdas británicas, no es, en definitiva, más que una creación de las grandes compañías multinacionales, un poderoso club capitalista. Pero el pueblo británico, en su conjunto, no entiende ni quiere entender de ideologías. Todo indica, por lo tanto, que el «sí» está en el bote. De lo contrario, la posición de Harold Wilson quedaría en entredicho, no obstante haber declarado que está dispuesto a someterse a la decisión del electorado. Si ganan los «anti», Wilson, a la corta o a la larga, se vería forzado a dimitir, y se habla ya de que el laborismo centrista (mayoritario en la Cámara), con Roy Jenkins a su cabeza, estaría dispuesto a formar un gobierno de coalición con los conservadores y los liberales. La izquierda del laborismo se escindiría, entonces, bajo el liderazgo de Wedgwood Benn. ¿Rumores sin fundamento? ¿Bulos lanzados por los conservadores? Todo puede ser. De lo que ya quedan muy pocas dudas es de que, gane quien gane, el laborismo va a salir bastante maltrecho de esta experiencia. ■ EDUARDO DE BENITO.

Los Contem pora neos

Yo tengo un amigo que sufre. De cuando en cuando se le ve apartarse de la conversación general y deja vagar su mirada. Poco a poco se le va formando un rictus de dolor.

De dolor moral, bien entendido. Mi amigo tiene una profunda conciencia del devenir histórico. Eso le hace sufrir. Gusta de que le pregunten: explica su sufrimiento y ello le depura. Esto es, le hace sufrir más, que es lo que desea. Y espía ansiosamente el rostro de su interlocutor para ver si ha conseguido transmitirle su sufrimiento.

—¿Por qué sufres hoy? —le he preguntado.

—Sufro por los socialistas perseguidos...

(Mi amigo no es socialista, pero eso no importa. Mi amigo es más bien de derechas, mejorando lo presente, pero los temas de la derecha no le hacen sufrir nada en estos últimos tiempos. Tiene que sufrir con los de la izquierda, porque no hay otros.)

—Si, claro... Muchas de cien mil a doscientas mil pesetas por acudir a la tumba de Pablo Iglesias el 1 de mayo parece un poco fuerte, en estos tiempos... Pero piensa que hace años hasta se hubiesen pagado con gusto...

—No sé de qué me hablas. No sé nada de eso. Sufro por los socialistas portugueses. ¡Qué tragedia la suya! Tienen el pueblo ganado en las elecciones, una tradición de lucha y de democracia... Y están cercados, ofendidos, vilipendiados, amenazados... ¡Cómo sufro por los socialistas portugueses! Es un sufrimiento que no le deseo ni a mi peor enemigo...

Terrible caso, ciertamente. Es un buen tema de sufrimiento: se puede sufrir por

los socialistas portugueses con verdadero entusiasmo.

—Pero no es eso sólo... Sufro también por la libertad de expresión...

—¿Por los sumarios judiciales abiertos a "Doblón",

"Triunfo", "Cambio", "Posible"... ¿Por el expediente de TRIUNFO? ¿Por los secuestros de "Muchas Gracias" y de "El Pápus"? ¿Por el de la revista "Personas"? Si, es una racha mala... Pero no te preocupes, que se harán... Cosas peores han sucedido antes, y ya ves...

Frunce el ceño. Me reprocha:

—Nada; no entiendes nada... ¿Qué tienen que ver esas minucias, que apenas se van en las páginas interiores de los periódicos, que no interesan a nadie con una auténtica conciencia histórica? No tienes verdadera percepción para captar un sentido negativo de la contrahistoria. Observa a los verdaderos periodistas como saben reaccionar. Mira la portada y el editorial del día veintidós de "ABC": esos incidentes de ruta de que me hablas no aparecen. ¡En Portugal! Sufro por la libertad de expresión en Portugal...

¡Magnífico, amigo, verdadera conciencia de nuestro tiempo! Un hombre que sufre de verdad, por motivos altos, sin pequenezes de campanario... Para él, "magna propria parva, parva aliena magna". Lo que se llama un internacionalista, un hombre por encima de la anécdota diaria, bien metido en la categoría. Un hombre de la derecha civilizada.

No quiero pensar cómo va a sufrir este ciudadano insigne el día en que apaleen a tres curas en Portugal. ¡Qué gran jornada para su dolor! ■

POZUELO